

La vida en la tierra  
Reflexiones sobre el poco porvenir  
de estos tiempos

TOMOS PRIMERO (1996) y SEGUNDO (1999)  
seguidos de dos notas adicionales

BAUDOUIIN DE BODINAT

Traducción de Emilio Ayllón Rull

*Pepitas & El Salmón*

El traductor quiere agradecer la inestimable ayuda que le ha prestado Odile Martinon, quien le ha resuelto un buen número de dudas, así como las facilidades de todo tipo que le ha brindado Sofia Semprun, de la editorial L'Encyclopédie des Nuisances, y sin las cuales esta edición no habría sido posible. También quiere dar las gracias al autor, que ha aclarado amablemente algunos pasos particularmente arduos del texto.

**Título original:**

*La vie sur Terre: réflexions sur le peu d'avenir que contient le temps où nous sommes*

Éditions de l'Encyclopédie des Nuisances, París, 2008.

© Pepitas ed. & Ed. El Salmón

**Primera edición:** junio 2020

**Título:** *La vida en la tierra. Reflexiones sobre el poco porvenir de estos tiempos*

**Autor:** *Baudouin de Bodinat*

**Traducción:** *Emilio Ayllón Rull*

**Diseño de la colección:** *Julián Lacalle y Miguel Sánchez Lindo*

**Maquetación:** *Miguel Sánchez Lindo*

**Corrección ortotipográfica:** *Salvador Cobo*

**Impreso por:** *Kadmos*

**ISBN:** *978-84-120322-8-4*

**Depósito legal:** *M-7939-2020*

Pepitas de Calabaza ed.  
Apartado 40, 26080 Logroño (La Rioja, Spain)  
pepitas@pepitas.net

Ediciones El Salmón  
C/Elda 18, bajo, 03012 Alicante  
revistaculdesac@gmail.com

# Índice

9	TOMO I
83	TOMO II
191	NOTAS ADICIONALES
193	El huesped desconocido
205	La gran maravilla



# La vida en la tierra

REFLEXIONES SOBRE EL POCO PORVENIR  
DE ESTOS TIEMPOS



TOMO PRIMERO

(1996)





Nada puedo decir sobre esta cuestión que no sepa todo el mundo tan bien como yo, a poco que se quiera pensar en ello. Por eso ganas me dan de no decir nada. Mas, dado que la experiencia me ha enseñado que los hombres a menudo se olvidan de sí mismos hasta el punto de no reflexionar siquiera sobre las razones de lo que ocurre en su espíritu, creo que debo decir aquí algunas cosas que pueden ayudarles a pensar. Espero asimismo que quienes saben estas cosas no lamenten leerlas: pues si bien no encontramos ningún placer en oír hablar simplemente de lo que sabemos, siempre sacamos algún placer de oír hablar al mismo tiempo de lo que sabemos y de lo que sentimos.

MALEBRANCHE, *Acerca de la investigación de la verdad*

Amables filósofos nos dijeron: *los siglos no nos faltarán*. Nos faltan y mucho, pues la época del diluvio está ahí para ahogar todas las novelas de la imaginación.

JOSEPH DE MAISTRE, *Las veladas de San Petersburgo*

Es hora de observar los Acontecimientos, y de no dejar que nada extraordinario se nos escape.

SIR THOMAS BROWNE, *Las urnas funerarias*

Es demasiado tarde para estar tranquilo.

Graffiti



## I

Me aparto de la ventana, me siento en una silla. ¿En qué pensar? Ahí fuera el domingo en las casas desiertas parece flotar apacible y vasto en los confines de la ciudad, invadiendo mi espíritu con sus sombras que giran y se alargan; estelas de aviones en la alta atmósfera se entrecruzan lentamente y forman signos misteriosos; rápidamente se difuminan en la transparencia de esta tarde gastada en no hacer nada. Rectángulos vacíos de paredes, la calle vacía del domingo colgada de una percha, una silueta en un sillón. Fuera un ruido de pasos se aproxima y luego decrece hasta perderse. El sillón, la cama, la mesa con la biblioteca, una silla. Atenas de caminos replegados y concéntricos, crujidos de parque, cajones, fotografías antiguas. En el pasillo, un armario de periódicos viejos, una silueta colgada de un gancho. ¿En qué pensar? En todos los continentes hay colillas en el suelo, y gente por todas partes, lo normal hoy en día (imágenes de multitu-

des guiadas por señales en la retina, relojerías de intersecciones, de vías rápidas que se apagan y se vuelven a encender, cuyo fragor de gases quemados nada perturba). Tengo que unirme a mis pensamientos, a mi interés hacia los seres; librarme de este caos tan irresistible que un resorte me tira por el balcón; salir de este estrépito de guerras televisadas, de infecciones resistentes a los antibióticos, de hambres, de catástrofes que arruinan a la vieja humanidad; ya en este futuro de anuncios gigantes roídos por el óxido, de alimentos a base de bacterias, en este decorado de cartón donde los días inútiles no conducen a nada; y el cansancio aplastante de su cuerpo que hay que llevar cada mañana ante el espejo cada vez más inexpresivo de células nerviosas destruidas, de código genético defectuoso, de árboles que amarillean, de avisos en letras rojas de lesiones en el hígado. ¿En qué pensar? Los cristales de los edificios de enfrente se incendian ahora al sol del crepúsculo. Ruidos familiares de la tarde, cocinas encendidas bajo el cielo todavía claro, tintineo de mesas puestas; la canción quejumbrosa de una radio en algún lugar detrás de las paredes y el olor de jardines silenciosos sin nadie en la penumbra que asciende; el eco repentino de mi propia voz diciéndome *¡No la dejes subir al alféizar de la ventana!* He estado a punto de acordarme de algo, de cuando ella alborozada se desnudaba a toda prisa enseguida en la cama gimiendo la ventana abierta; del rostro que me hablaba vivaz, sus ojos sus labios, su cuerpo articulado bajo la ropa, escalera desconocida para bajar hasta el fondo de la mano, las dos piernas, los dientes; sus silencios, sus expresiones indescifrables cuando no sabe que la miro; otra vez he estado a punto de acordarme, esta habitación vacía de la que no puedo salir, la ciudad inmensa de calles asfaltadas, impresión mundial de masas en movimiento. ¿En qué pensar? Porque hay que vivir, y vivir aquí es un problema que conduce a la larga al crimen o al suicidio.

## II

Esto es lo que he pensado: estaba la vida terrestre en medio de la cual vivíamos, que el progreso de la razón se propuso equipar de vías férreas, de motores de explosión, de luz eléctrica y de teléfonos, de fábricas químicas y de televisores; y que finalmente prendió la pira de Chernóbil.

Se entiende que ya no convenga seguir prometiéndonos un radiante porvenir, como mucho se nos asegura que están creando paliativos eficaces en los laboratorios; y la publicidad, que con cada nueva mentira reconoce la anterior, ¿acaso no nos apremia a «reencontrar el auténtico sabor de antaño»? Léon-Paul Fargue, poco antes de que la economía consumara el exterminio de ese pasado del mundo humanizado, el pasado de los días llenos de mañana, había presentado esta inversión; la ciencia racionalista acababa de probar sobre Hiroshima sus nuevas ecuaciones: «Sí, dices, yo he conocido esto de lo que hablo. Hermoso como un día perdido. Como una vida perdida. He sabido que eso había pasado, y que otros también vivieron ese pasado que hoy se anhela, que se aguarda como un porvenir».

Si por un descuido nos da por pensar en los días futuros, en los próximos años, por imaginar a qué se parecerá el mundo y por ejemplo qué noticias oiremos al despertarnos por la mañana, inmediatamente resulta que nuestro entendimiento se oscurece y que nuestra alma se nubla como al contacto de tinieblas hostiles: parece que este presente en el que existimos aún vivos y tangibles, este *vasto ensamblaje de todo lo que existe*, este mundo evidente en el que estamos hoy sin asombro, no desembocará pronto más que en la nada.

Cada cual, a poco que se examine en conciencia, constatará de hecho qué cuidado pone en desviar su imaginación de un porvenir tan confuso y tan desagradable, igual que alejaría son-

rojándose un recuerdo dañino (seguramente por un fenómeno de *antememoria*); con qué naturalidad eludimos toda consideración con respecto al futuro inminente, concebible ya por los acontecimientos que nos conducen a él, predecible a partir de circunstancias ya presentes y visibles, y tan avanzadas que ni los periódicos se toman ya la molestia de disimular sus síntomas; que son otras tantas primicias y causas próximas en lo que al pensamiento que las examina respecta. El rojo resplandor proyecta hacia nosotros largas sombras que ya nos envuelven: vamos a tientas y creemos ver, olisqueamos la combustión de un mundo que se esfuma y creemos pensar.

Pero seguramente el futuro es una dimensión del tiempo que nos resulta completamente ajena: no llega mucho más allá de las noticias televisadas de mañana por la noche y esperamos que nos lo muestren en imágenes. Así limitamos la facultad de la imaginación a guiar su elección entre las escasas satisfacciones que se nos ofrecen; en nuestro estado no sólo sería inútil, sino muy perjudicial, contrariar todas esas compensaciones del confort moderno, esas distracciones generales, esos lujos estropeados a cambio de los cuales hemos entregado la eternidad terrestre; y que son la única felicidad de existir que nos queda.

Convendremos en que las noticias de hoy, oídas hace veinte años, nos habrían parecido una pesadilla absurda, una broma de mal gusto. El periódico del año que viene no nos parecerá menos necio y deprimente. Sin embargo, lo leeremos en vida. Lichtenberg decía que sentía curiosidad por conocer el título del último libro que se imprimiera. No creo que nadie tenga curiosidad por ver el último telediario.

He notado también cuánto nos impacienta la lectura de libros antiguos. Nos gustaría haberlos leído por la consistencia que a buen seguro ello daría a nuestro cerebro, porque nuestros pen-

samientos serían más abundantes y pertinentes y estarían más claramente formulados. Pero esos volúmenes de historias añejas, de morales anticuadas y envaradas, resultan pesados, de una lentitud exasperante en cuanto a resultados ahora que los acontecimientos se precipitan en un pánico de rebajas universales, en una excitación de liquidación general con países enteros pasando por el matadero antes de ser borrados del mapa. Uno se siente en la obligación, por ejemplo, de entender a Montesquieu y su *Espíritu de las leyes*, pero las horas que se precisan para llegar al final de ese fárrago de antigüedades se arrastran penosamente cuando fuera hay vacas afectadas de Creutzfeldt-Jakob, quiebras bursátiles vía satélite, entusiasmos de una semana anunciados por megafonía, cuando glorias instantáneas centellean por encima del estruendo de las ciudades motorizadas, mientras se mantiene con vida asistida el cadáver de una embarazada por si se le puede extraer un feto viable y estudiar a continuación sus anomalías psicológicas. Una tarde de vacaciones te sientas con la idea de leer *La rama dorada* de Frazer, por qué no. Pasas unas cuantas páginas con aplicación y acto seguido se te va el santo al cielo: cómo estar tranquilo con tiabendazol en el hígado, cuando informan del naufragio frente a nuestras costas de una cargamento de neurotóxicos con destino a la agricultura subdesarrollada, sabiendo que ordenadores especiales desguazan el genoma humano y programan para el próximo siglo las necesidades de este rebaño, que virus sin *copyright* merodean en torno a nuestros arruinados sistemas inmunitarios. Y es inútil tratar de fijar la atención en los consejos que da el anodino Fénelon para la instrucción de las niñas cuando se pasean tocadas con aparatos que inyectan música directamente en el córtex, cuando sequías inauditas suceden a violentos diluvios y cuando tres cuartas partes del género humano son un desecho con el cual la economía que lo ha producido no sabe qué

hacer; cuando te cruzas en la escalera con tu vecino hablando solo, cuando uno muere sin saber de qué e ignorando tal vez si ha vivido; y porque ya no es el momento de todos modos, pues los pensamientos que podríamos extraer de tales obras son inconsecuentes y arbitrarios, están limitados a la esperanza de vida de nuestros órganos. De qué nos iban a servir, en este presente neurasténico al que hemos sido trasladados, esas obras venerables y todas esas nutritivas golosinas espirituales que la historia había acumulado sobre sus estantes.

Uno recuerda no obstante haber amado los libros de viejo, cuyo papel amarillento conservaba un no sé qué de átomos de otro siglo; olor del pasado, ensueño de estar bajo el mismo sol de entonces, de compartir las mismas calles, los mismos otoños de buhardilla, los mismos días en la abundancia de días aún después de nosotros; y todo lo que nos hacía amar esta vida porque era fugaz. Mas a partir de ahora es al revés: el mundo envejece y se cansa más rápido que el pasar de la arena de nuestra duración fisiológica. Para nada, para nadie tras de nosotros estas bibliotecas cuya acumulación colma nuestras horas muertas: nuestra vida se nos cae de las manos como esas antiguallas que no logramos terminar.

¿Te imaginas, en el refugio con aire reciclado, mientras en la superficie las tormentas radiactivas dispersan las cenizas de la vida terrestre, a los prorrogados del conflicto atómico relejendo a Hesíodo para distraer su hastío? ¿Y que les resultara interesante leer en los cagaderos aquella pintada de que *Nada es verdad, todo está permitido*? Estas horas veleidosas que nuestra inquietud apremia, esta vacuidad de la que uno se acusa, no son culpa nuestra, sino de días sin sustancia, de un tiempo volátil que se disipa sin dejar sedimento, de un tiempo estéril, que parece puramente cronométrico y cuyo saldo sólo la economía regula.



También he notado que ya no encontramos ningún sitio en el que descansar. Y es porque el descanso del alma supone un universo perdurable a nuestro alrededor, esencialmente imperturbable respecto de nuestras peripecias, conservador de nuestras ruinas en sus fondos pródigos; donde las generaciones circularían en la perpetuidad del género humano y del mundo habitado: sus paisajes, sus costumbres, sus lenguas, sus ciudades; que uno dejaría tras de sí a quienes han llegado entretanto, y que recordaría nuestras vidas en su fugacidad, en el agradable deber que tenemos de vivir dichosamente esta breve estancia.

Aquí, adonde la economía racional nos ha deportado, todo es recién hecho, todo es apresurado, eléctrico y nuevo, todo parece trucado, ardiente y febril, y una rápida decrepitud se lo lleva. Las calles nuevas no se acuerdan de nosotros, ni los cafés muchas veces nuevos desde que nuestra juventud se aventuraba en ellos persiguiendo los fantasmas del siglo pasado: sentado entre esta fealdad de pega y de oropel, de ruidos idiotas, uno se siente más viejo y menos provisional, no reconoce nada a su alrededor, tampoco a la gente. Trata de acordarse de aquel pasado en el que estábamos, tan cercano si bien se piensa: cómo la tarde goteaba apaciblemente en los cafés llenos de sombra, cómo lograba descansar allí el alma y cómo volviendo sobre nuestros pasos mucho más tarde nos parecía ir a su encuentro. Pero los decorados chillones y los mercachifles del retorno de inversión no ofrecen más que horas falsas y vacías, y el espíritu se desinfla, se cae a pedazos, todo se vuelve indiferente y como póstumo, también aquella a la que uno espera.

Así que ahora somos nosotros los que parecemos antigüedades, retrasos vivientes, a poco que hayamos vivido. ¿Qué queda del mundo del que venimos y de todo aquello que amábamos?

Absolutamente nada: descripciones de París apenas más viejas que media vida humana son para nosotros como una fabulosa Atlántida. Habrá quien se mofe diciendo que ya Baudelaire se quejaba de eso, pero es una estupidez: él vio cómo echaba a andar la máquina del progreso, y ya está, ya casi hemos llegado.

También leo esto en el periódico: un fabricante de alimentos para bebés retira de la venta su producción reciente, pues el análisis de las papillas revela una concentración *anormalmente* alta de pesticidas y fungicidas. Es verdad que el nihilismo burgués no es un punto de vista reciente, no es nada nuevo bajo el sol: mucho antes de nuestra época un gran propietario se lamentaba de que todo fuera vanidad, *apacentarse de viento y locura*, y el triste Jayam después de él, que tenía un vino racional. Pero no es lo mismo, digan lo que digan los apologetas, meditar estas palabras a la sombra de un zigurat que al volante del automóvil mientras se contemplan desde la autopista las torres de refrigeración de una central nuclear levantada en zona sísmica.

### III

Esto es lo que he pensado: en un rincón de su *Ética*, Spinoza viene más o menos a decir que cuando una cosa se ve afectada por la tristeza está, en cierta medida, destruida. De ahí he sacado yo la idea de que la tristeza que uno siente en las cosas nos avisa de su condena; así, el sentimiento de soledad y de desnudez que emana de los barrios abocados a la demolición: todo existe allí en vano.

Me he preguntado si éramos aún capaces de sentir alegrías que la tristeza no viniera a estropear de repente; que no se mezclaran con una impresión de declive, de ruina cercana, de vani-

dad. Vaya, se dice uno, ¿pero existe eso todavía? Nuestras alegrías son como esas alegrías que nos depara un viejo barrio con el que nos topamos en las afueras de una ciudad extranjera y pobre que el progreso todavía no ha tenido tiempo de rehacer a su gusto. La gente parece estar allí en su casa en el mismo tranco de la puerta, tiendas humildes ofrecen objetos de industrias que uno creía desaparecidas; acogedoras casas sin edad, que parecen no tener teléfono, calles de las de antes del automóvil, llenas de voces, ventanas abiertas a la labor y que despertan impresiones de lejanía, de épocas acumuladas, de campos cercanos; *había en aquel pueblo un vinito que al viajero no le resultaba desagradable*. Siempre con una conciencia angustiada de última vez, de que nunca volveremos a verlo tal cual, de que hay que darse prisa para haber conocido algo así; de que estos restos, estos fragmentos perdonados de tiempo terrestre, en los que vislumbramos por un momento dichoso el mundo de antes, ya no tardarán en ser barridos de la superficie del globo; y al final todas nuestras alegrías se parecen a esos hallazgos conmovedores, pero al fin y al cabo inútiles, que uno hace rebuscando en los cajones de una liquidación de herencia: ya no son tales, sino tristeza ardiente, amargas que refulgen por un instante.

He pensado también que uno no se acostumbra a lo que este presente facticio y envenenado nos ofrece más que a condición de olvidar los placeres de que disfrutábamos de la manera más natural en el pasado y que esta época ya no consiente; y de no pensar en que, de aquellos de los que aún conseguimos gozar, habrá igualmente que perder el recuerdo a la par que la posibilidad; que en caso de no olvidar, uno acaba teniendo que fabricárselos con ingredientes cada vez más pobres e insignificantes: con restos de serie, con objetos de segunda mano rescatados de un rastrillo, impregnados de tiempo humano y que nos entris-

tecn; con cualquier cosa que se pueda desenterrar convertida ya en desecho: últimos ejemplares, piezas de recambio, postales viejas; refugándose en los detalles de calles pendientes de resolución, cielos aborregados, mañanas de otoño; con todo aquello que fue.

Se nos dice, los fanáticos de la alienación nos dicen, que es así, que todo cambia y que jamás nos bañamos dos veces en el mismo río, etc. Uno ve, sin embargo, que esto ya no ocurre conforme al curso de las generaciones; que lo padecemos atónitos, como una guerra total cuyas autopistas nos pasan por encima, que nos tiene en vilo ante todas sus devastaciones. También se burlan, como si fueran alucinaciones, si uno evoca el gusto de las cosas del pasado: sería tan sólo un efecto, bien comprensible, del envejecimiento, que aureola así nuestra juventud perdida. Pero hay ahí un problema de simple lógica: admitamos que la añoranza exagere el sabor de los tomates de antaño: todavía tenían que tener alguno; ¿quién se acordará en un futuro, si es que queda alguien, de los tomates de hoy?

Pretender encontrar momentos felices en este estado en el que nos encontramos es equivocarse; es incluso engañarse, y es en todo caso no encontrarlos. Chesterton, que tenía ante sí la máquina del progreso en trance de perfeccionamiento, fue perspicaz a este respecto: «Cierto es que, sin duda, la felicidad más aguda se produce sobre todo en ciertos momentos pasajeros; pero no es cierto que debemos pensar en ellos como pasajeros, o disfrutarlos sólo “por ellos mismos”. Hacerlo así es racionalizar la felicidad y, por tanto, destruirla». Como un rey Midas de mil dedos, la racionalidad mercantil aflige todo lo que toca y nada escapa a ella. Lo que no ha suprimido y uno cree intacto lo está como consigue que lo esté un buen taxidermista; y el recrudescimiento de la radiación solar afecta también a los hombres que aún viven ocultos en el bosque primigenio, que

ven en el cielo la estela de los vuelos intercontinentales y a cuyos oídos llega el runrún de las motosierras.

He llegado a la conclusión de que hay que renunciar: nos hundimos si no en la ilusión de que quedarían, a pesar de este mundo, alegrías simples e ingenuas; alegrías, por qué no, de centro comercial; lo cual es querer ser feliz a toda costa, con vencerse de serlo, culparse de no serlo. Es, por lo tanto, no entender nada de la inquietud, del desconsuelo, del nerviosismo estéril que nos persiguen por doquier; es disfrutar del teatro, es condenarse al error de ser en estos momentos el espectador satisfecho de uno mismo, de fabricarse recuerdos por adelantado, de dejarse fotografiar feliz.

Renunciar a esta imbecilidad no es ser infeliz; es no contentarse con las satisfacciones permitidas; es ahorrarse mentiras y humillaciones, es enfurecerse mucho a fin de cuentas; es encontrar seguramente alegrías insospechadas.

Hace medio siglo, Adorno añadía: «Ya no hay nada inocente. Las pequeñas alegrías, las manifestaciones de la vida que parecen dispensadas de la responsabilidad del pensamiento, no sólo tienen un momento de obstinada necedad, de despiadada ceguera, sino que además se ponen directamente al servicio de lo que les es más contrario». Sería olvidar que estas anodinas alegrías son los abortos de aquellas otras que dormitaban en nosotros, y que el mal económico no quería vivas; que existen también gracias a su condescendencia y como subrepticamente. No es salvar la idea de la felicidad, es encontrar esta miseria lo bastante buena para uno mismo.

También me he dado cuenta de esto: de que ya no sabemos qué decirnos los unos a los otros. Para ser admitido, cada cual tiene que exagerar su mediocridad: rebusca en sus bolsillos y echa sobre la mesa, a regañadientes, la calderilla del parloteo: lo que

ha leído en el periódico, las imágenes que ha mostrado la televisión, una película que ha visto, mercancías recientes de las que ha oído hablar, todo tipo de chismorreos de patio de vecinos, de revelaciones que se divulgan para tener tema de conversación; y aun así, estas insignificancias existen con la condición de que haya un fondo musical estimulante, como si el más mínimo silencio fuera a descubrir el vacío que hay entre nosotros, la desconcertante evidencia de que no tenemos nada que decirnos; y es así. No sólo por lo que dice Carême de que si deja de haber cocina «deja de haber letras, inteligencia elevada y rápida, inspiración, relaciones vinculantes, deja de haber unidad social»; pues aún quedaría el vino; sino más simplemente porque la conversación, además de exigir ese ánimo particular que consiste en razones y sinrazones breves, presupone *experiencias dignas de ser contadas, libertad de espíritu, independencia y verdaderas relaciones*. Ahora bien, es sabido que las semanas de libre estabulación jamás ofrecieron nada digno de ser contado; que además ponemos mucho cuidado en evitar tales azares; que si de verdad nos pasara algo, los demás se sentirían ofendidos.

Esto es lo que he pensado al respecto: los hombres, en vista de la cantidad de productos que la economía acumula en detrimento de la naturaleza, tienden a vanagloriarse de la magnificencia del espectáculo más que a tomar conciencia de su indignidad, que es la única cosa de la que, para empezar, podríamos hablar por experiencia: todo aquello que nos comprime y nos oprime en común; el pesar que uno siente por sí mismo, la decepción que es para nosotros esta vida, y hasta el asco, la sorda aprensión que arrastramos conforme pasa y que nos espera al despertar, y al fin y al cabo el horror de la reproducción material de su existencia en el presidio de la economía.

Séneca decía de sus contemporáneos: *Hay muchas cosas que olvidan de veras, pero hay también otras muchas que fingen olvidar*. Se refería a las pequeñas calumnias, a los vicios y las negligencias, que juzgaba indecentes. Lo que nosotros tenemos que olvidar no es sólo la historia universal, o la fisionomía que tenía el mundo hace treinta o veinte años, sino la época en la que estamos. Evitamos hablar del pasado, que abochornaría a nuestra irreflexión, y rehuimos mirar el futuro, que está sobre nosotros como la sombra de la muerte. La inteligencia, es verdad, retrocede ante el futuro próximo que nos espera devastado bajo las inclemencias meteorológicas, exhibiendo sus trampantojos y sus infectos telones de fondo, ante los cuales aquélla desaparece; ha de renunciar por lo tanto a sí misma desde ahora. Excepto para examinar este presente, y nuestras vidas deplorables dentro de él, uno se condena a no pensar en nada; y un poco menos todavía con cada victoria que el terror mercantil hace pública: sus estadísticas de cáncer, sus reservas de radiactividad, sus ordenadores que hablan; al final sólo quedan secreciones intelectuales.

También he pensado esto: los cielos magníficos de noviembre ya no encienden más que dolorosos reflejos en nuestros corazones, por estar encarcelados en un mundo sin salida. Si recordásemos lo que somos, nuestro vasto pasado lleno de aventuras y lo inesperado que es estar en el universo, esos hermosos atardeceres de luces gloriosas nos empujarían a cometer actos de desesperación; o sea, a unirnos en conspiraciones implacables. Pero no, bajamos la mirada y cada cual vuelve a su casa.